

INCORPORACION DEL ACADEMICO DON MANUEL
SOLARI SWAYNE

(Sesión pública del 3 de julio de 1984)

EL LENGUAJE DE LAS FORMAS

Por Manuel Solari Swayne

Señores Académicos;
Señoras, Señores;
Amigos todos:

Hace unos años tuve el honor de que se me eligiera miembro de esta Academia. Lo agradecí y agradezco íntima y profundamente.

Cuando inicié la carrera de periodista acababa de regresar de Europa. Luego, en el transcurso de los años, tuve la suerte de viajar por varios países, inclusive no europeos y de ir descubriendo la hondura, la riqueza artística, la calidad plástica expresada en sus calles o guardada cuidadosamente en sus Museos, mantenida en los viejos rincones de amplias ciudades o pueblos pequeños.

Nada, ningún tesoro podría equipararlo al que fue bebido por mi alma sedienta. Aprendí y aprehendí lo que

pude, y traté siempre, después, a lo largo de los años, de imbuir los secretos de la belleza urbana en el ánimo del lector compatriota.

He recogido para hoy algunas impresiones recibidas que son como el eco de algunas andanzas, para mí inolvidables, porque además lo fueron en compañía de amigos entrañables que multiplicaron mi modesto aprendizaje al escuchar sus comentarios.

No vengo, ni podría, en plan de enseñar a ninguno de los asistentes a esta actuación, que me emociona y conmueve por la amplia generosidad que entraña. Vengo tan sólo —y tan mucho— como amigo a contar algunas sensaciones que fueron para mí muy gratas y que ojalá lo sean para el auditorio presente.

En el transcurso de esta disertación irán ustedes descubriendo cómo las formas enraizadas por la cultura y la sensibilidad del hombre, en el espacio tienen un lenguaje luminoso, musical, florido que nos habla al oído y al corazón. Y que es imperioso escuchar con atención porque nos dicta a todos una lección que debemos recoger, divulgar e imponer a fin de salvar el patrimonio cultural, artístico y urbano de nuestras ciudades que no pueden ir cayendo por falta de una Ley que las preserve para las generaciones futuras a quienes también pertenecen.

* * *

Vamos hacia la antigua Menfis. Ondulantes unas y erectas otras numerosas palmeras con sus penachos temblorosos del color verdegris del olivo, se estampan en el cielo claro. Aquí está sobre la tierra polvorienta una esfinge de alabastro de Ramsés II. En uno de sus lados, nítido, el hierático perfil faraónico. El otro, golpeado y carcomido por el tiempo, pregona los tres mil años que nos separan de la decimonónica dinastía. Bajo el techo que sobre él

han levantado descansa, echado y cojo, un coloso de trece metros que encarna en alabastro trimilenario al mismo fabuloso faraón.

A lo lejos se yergue escalonada la más antigua construcción en piedra que han visto los siglos: la pirámide de Sakarah. Nos acercamos. Como copos de nieve unas pequeñas garzas espuman el campo. Huele a sequedad, a polvo secular, a historia detenida.

Descendemos a una mastaba. Bajo las escaleras y tras la puerta se nos abre el milagro del rate egipcio. Los hombres que sumaron miles y miles de músculos para levantar las pirámides se inmortalizaron mejor cuando silenciosa e individualmente, con ancha paciencia y breve esfuerzo, el alma toda concentrada en la creación espiritual, animaron la vida de sus muertos, cuando suavizaron y colorearon la piedra en los muros interiores de sus tumbas, cuando soñaron con la eternidad del Ka. Aquí en las mastabas, en la de la hija del faraón, sentimos la profunda emoción que nace de la belleza estética. Estos, esos, aquellos muros, en sus capillas y corredores —la tumba propiamente dicha no se ve, pudiendo apreciarse sí, por un pequeño agujero, el retrato en piedra del difunto que sobre ella se yergue inmóvil— canta el artífice la finura, la delicadeza, la gracia de un pueblo que si bien supo apreciar lo grandioso también comprendió y sintió la sutileza de lo exquisito. ¿Puede hoy alguien esculpir más deliciosamente la cabecita de un toro, de un ganso, de una cabra que las que ornamentan la capilla de la mastaba de Amen Hotep? ¿y ese juego prodigioso de ritmo y de movimiento que surge de los brazos y de los arpones que, como en extraordinario ballet, se levantan sobre la alada embarcación?

Los ocho escalones de la primitiva pirámide de Sakarah muerden el tibio celaje. Nuestros ojos no alcanzan para hundirse en la excavación de la impresionante tumba real. Pedazos de muro y fustes de columnas mutiladas, claras pie-

dras rotas y nostálgicas cuentan las dimensiones del gran patio. Una columnata de granito rojo es la última oración que se oye del templo de Hab Reb.

Nítidas se dibujan las líneas de las pirámides de Cheops, Kafrén y Mikerino vigiladas por la esfinge gigantesca que semeja un felino prehistórico. Aquéllas son lisas y en la cúspide de una de ellas relucen los retazos del granito que la revestía. Esta mide sesenta metros y está esculpida en la roca. Aquí fluye el concepto monumetal del egipcio. Monumental por su volumen, por el esfuerzo que requirió el hacerlo.

Cuando doblados en dos —pues el techo de la escalera interior está a un metro de altura— ascendimos a la sala real de Cheops —la pirámide mide actualmente 137 metros— comprendimos el afán de inmortalidad de los tiempos faraónicos. La sentimos clavada en nuestros músculos. Pero, a nuestro entender, la adquirieron más plena en la alada gracia que vibra en los muros de las pequeñas mastabas.

* * *

Traemos aún en la memoria el recuerdo del primoroso sarcófago de Alejandro Magno, armonioso, polícromo, de una gracia y una proporción tales que podría ser también un cofrecillo de marfil, cuando llegamos a Atenas. Y lo hacemos en la mejor compañía que podríamos haber deseado. Con un viejo amigo, profunda, entrañablemente querido que por razones de su profesión conocía detalladamente las raíces, la evolución, el sentido y el anhelo del arte griego. Muchas, muchísimas veces hablamos de ello y más de una tuvimos el ensueño común y remoto de entrar juntos en el Partenón.

Estamos en Atenas. ¡En Atenas! Todo un mundo infantil resucita en los latidos del alma: Minerva, Platón, Pericles. Y como escenario de ellos, el patio de la Reco-

leta y el Pupitre ¹ padre Juan. Para nuestros años primeros ningún orador ni poeta nos habló con más emoción del paso de las Termópilas que él. A la antigua Grecia con sus hazañas y al padre Juan con su formidable pañuelo de cuadros, sus ojillos vivaces, sus dedos índice y pulgar preparando el rapé, nunca podremos separarlos.

Abierto, bello y marmóreo es el estadio que se posa en la Colina de Arditos, con una capacidad para sesenta mil espectadores que se inició en el 774 antes de Cristo y fue concluído en 1984. Como el de Lisboa tiene forma de herradura, quedando uno de sus extremos abierto a un parque frondoso. Y aquí, en el sacrificio del volumen en pro de la belleza, está cantado el espíritu ateniense. El Arco de Adriano del siglo II de nuestra era separaba la ciudad griega de la romana. Y el templo de Júpiter, con sus quince columnas tostadas y gallardas, vence en su esbeltez a los cipreses vecinos. Este recorrido previo lo hacemos porque en tales recuerdos pétreos se abre el camino hacia el Acrópolis.

Cruzamos una reja e iniciamos el ascenso. Lo hacemos despacio tratando de que nuestros ojos se empapen de las ricas visiones que les ofrecen la historia y el alma de Grecia. Desde abajo vemos una columna solitaria. ¿Por qué nos impresiona tanto? Hay un secreto en su armonía. Acaso es que suena. Entre hojas y pedazos de piedra, una estudiante, con un lápiz en la mano, se ha quedado dormida plácidamente. Imaginamos que es una nota humana, tierna, viva, en un mundo plástico que nunca tendrá un ayer.

Paseamos —subimos, bajamos, tornamos a subir— el Teatro de Dionisos, el más antiguo de Grecia, al que Licurgo puso gradas para unas diez o doce mil personas y en cuyo friso se esculpe la historia dionisiaca. Nos sentamos en un sillón marmóreo y cómodo. Desde él contemplamos cómo juega el sol en los relieves escultóricos. Pensamos ¿quién se sentaría en este sillón en las representaciones de

los clásicos inmortales? Y cuando lo hacemos en alta voz el guía se acerca, lee la inscripción y nos aclara: "el que servía agua al gran sacerdote".

Ya podemos ver la maravillosa coronación del Acrópolis. Allí están el templo de la Victoria Apta, el Propileo, el Partenón y el Erecteion. Sentimos una intensa emoción. Observamos que a nuestro amigo le ocurre lo mismo. No hablamos, no podemos hablar. Pero los cuatro ojos titilan, refugan como estrellas lejanísimas y diminutas.

En aquella base, hoy vacía, estuvo la cuadriga que hoy ornamenta la basílica veneciana de San Marcos. Explica el guía que existe una superstición en torno a ella, pues cada vez que un imperio la ha tenido se ha visto desbaratado. Y casi en voz baja sugiere que se le obsequie a Rusia.

Nos detenemos a observar el conjunto. Nuestro amigo con un temblor distinto en la voz nos cuenta que en el templo de la Victoria se encerró a una escultura a la cual le cortaron las alas para que nunca pudiera volar de Atenas. Y en escuchando esta anotación, contemplando el pequeño templo, ya sabemos que Atenas prefirió el símbolo y la elegancia. Estamos viendo, casi palpando, que no perseguía lo monumental sino lo esbelto, lo proporcionado, lo ágil, lo sereno. Así lo canta el templo jónico en unos frisos consagrados a los dioses olímpicos, a las batallas.

Fue Numícides el arquitecto del Propileo —435 años a.C.— y, por los restos, se supone que estuvo pintando en azul, rojo y oro.

En la cumbre, bajo el cielo azul y terso, se abre el Partenón. Aquí está. Lo estamos viendo. Y dentro de unos minutos, lo acariciaremos. Es una realidad no un sueño. O el ensueño de una realidad. Nada más limpio se petrificó en la historia. O se historió en la piedra. Nada más sereno y por ello —sin jugar a las paradojas— nada más lleno de emoción, de verdad, de alma sola, de espíritu intacto. Aunque hoy haya muchas de menos, se

descubre que no debió haber ni una piedra demás. Nos van señalando las curvas que no vemos. Ictinos las inventó para que cayera el agua y por razones plásticas. Para que estuviera limpio y se viera recto. Es una deformación intencional realizada para crear belleza. Al comprobar el caso descubrimos que el crear ilusión en la piedra es obra sólo del genio. Lo decoró Fidias. Tiene tres mil años. Aquí está. Mirémosla. Y si podemos no floremos.

* * *

Estamos asomados a una ventana. Un poco a lo lejos se dibujan los perfiles de Jerusalem. Las casas de piedra amarillenta con sus tejados rojizos tienen aire que podría ser castellano. Filudos cipreses cubiertos semejan cirios quemados por los siglos. En lo alto el Monte de los Olivos apretado y solitario y el Huerto de Getsemaní. Abajo la Puerta de Oro por la que Cristo entró el Domingo de Ramos.

Bajamos y el guía —hombre fino y culto que se expresa en nuestro idioma— nos conduce, se detiene, nos explica, va abriéndonos las ventanas de la historia y la poesía de la leyenda. Aquí está el túnel mandado hacer por David y a su vera canta el agua fresca de la fuente en donde María lavó una vez la ropa de su hijo. Un viejo vestido de blanco se baña ahora en ella. Nos paramos en el bosquecillo en el que Judas cobró treinta denarios. Bajan dos mujeres, la una trajeada de negro y rojo y de verde y amarillo la otra, portando bultos de ropa en la cabeza. Se dirigen al pequeño estanque, en donde el ciego del evangelio se lavó siete veces los ojos y en donde otras ahora enjuagan sus vestidos dándoles golpes. Entre el agua pueden verse bases de columnas del siglo V, rotas por los persas. Arriba, desde el minarete, salta al aire la melancólica voz del muecín que llama a la oración y pregona los ancestros del canto flamenco.

Aquí está la iglesia de María Magdalena hecha por los rusos y en una de cuyas capillas se señala el lugar en el que Jesús lloró por Jerusalem a la que Tito destruyó sin enjugar las lágrimas del Nazareno. Nos muestran las tumbas de Absalón, de Zacarías y de Santiago, las bases del templo romano, veinte años anteriores a Jesús y en donde fuera tentado por el Demonio y la muralla que tomó David miles de años antes de Cristo.

Ascendemos por la escalera de anchas baldosas blanquecinas. Por ella subió dos veces el hijo de María: para la última cena y cuando lo conducían al Palacio de Caifás. Aquí, en donde concluye, cantó el gallo. Y hoy se abre un almendro cuajado de flores rosadas. San Pedro de Galliscanto se llama esta iglesia. Un sacerdote anciano nos la pasea y nos hace descender para mostrarnos la prisión que ocupó el Señor y que fuera respetado. En este lugar, nos dice, flagelaron a los once apóstoles después de la resurrección. Judas ya se había ahorcado.

Andamos por calles estrechas, pétreas, porticadas, algunas con trozos de bóvedas que las cubren, otras con altos balconillos de madera que pudieran ser de Lima. Las cruzan hombres tocados con airosas caifas y mujeres con los rostros semiescondidos tras transparentes velos. El ambiente es impresionante, conmovedor. Como si reviviese de pronto aquello que nos enseñaron en la niñez. ¿Acaso no podría avanzar por esta larga y misteriosa escalera un Pretor romano? Toda la historia se pone de pie y hiere el alma.

Iniciamos el recorrido de la Vía Dolorosa. Pasamos bajo el arco de Ecce Hommo y penetramos en la Iglesia de la Flagelación levantada sobre el sitio que ocupó la columna a la que fue atado Jesús.

La Iglesia de la Condenación conmemora el espacio en donde le fue entregada la cruz. Escaleras y arbotantes enmarcan la calle por la que andamos. Una placa pequeña

dice: V Estación. Aquí el Cirineo bautizó con un gesto la caridad predicada por el ser que carga la cruz y al que ayuda. Y no muy lejos está la puerta por la que salió la piadosa Verónica y secó el rostro doliente. En este templo ruso está el umbral que cruzó con la cruz Jesús para salir del templo. Llegamos a las afueras del Santo Sepulcro. Al frente se yergue el dorado minarete de Omar, que hace mis seiscientos años entregó las llaves de aquél a dos familiares cuyos descendientes hasta hoy la conservan y abren el sagrado recinto que parcialmente poseen católicos, ortodoxos, griegos, armenios, abisinios y coptos. Mármoles, mosaicos, lámparas, pinturas, en heterogéneo abigarramiento rompen la silenciosa unidad que debiera cantar la grandeza del Calvario.

Al atardecer unos franciscanos acompañados de doce niños vestidos de negro, portando cirios inician su diaria procesión. Los seguimos. Un fraile de rostro zurbaranesco entona unas preces gregorianas. Su voz finísima rasga la penumbra que parece iluminarse cuando los chicos, con delicada afinación, cantan el *tantum ergo* que nosotros hace años oíamos en la parroquia mirafloresina o en el colegio de la Recoleta. Miles de recuerdos se nos agolpan en las sienes y nos hablan de la universalidad de este rito religioso. Al salir, después de haber contemplado el lugar en donde fue clavado el símbolo de la redención del que pendió la azucena inmarchitable del cuerpo del Mesías y de habernos arrodillado delante de la loza que cubre su sepulcro retornamos a las calles de la vieja Jerusalem. Y nos señalaron, una vez más, la muralla que la ha roto y que la separa, quizás porque los árabes y los judíos que la pueblan han olvidado que de los labios de Jesús, como la más hermosa de sus sentencias, brotó una que decía: "Amaos los unos a los otros".

* * *

Hemos cruzado la frontera. Desde Ventimiglia pasando por la Génova Portuaria, mohosa y salada, creciente y bullíciosa, hemos llegado hasta Santa Margarita, Paraggi, Portofino Mare. Es bellísima la Rivera italiana con su alta montaña apretada de distintos verdes, con sus playitas estrechas, con sus casas sencillas, con sus cientos de botes pesqueros que se mecen suavemente en el azul intenso de la mar. El hombre casi no ha intervenido en la belleza de estos cuadros. Paraggi o Portofino están tocados por la gracia divina. Pero ha sabido salvarlos, mantenerlos, cuidarlos, amarlos, perennizarlos. Difícil es imaginar lugares más pintorescos, más llenos de simplicidad, de recogimiento, de auténtica poesía. Los árboles descienden de las cumbres hasta el mar mismo. Como si quisieran beber los anchos cristales del Mediterráneo. Las casas rojizas, doradas, calientes, carecen de pretensiones palaciegas. Son simples. Diríaseles nacidas espontáneamente como flores silvestres. Aún son estos rincones marineros de sabor fuerte. Con pescadores descalzos y redes herrumbrosas, con rumores de barcas toscas y lejanos cantares reventando en el ancho aire.

Cruzamos la Spezia hasta llegar a Pisa. La guerra ha dejado su huella cruel y repugnante. Fachadas insomnes con las ventanas al cielo, esquinas derrumbadas, fantasmas de casas pregonan la brutalidad de estos nuestros tiempos que tan civilizados consideramos. Felizmente se salvó el milagro de Pisa: aquella plaza suya —¿plaza o mesa de museo?— en la que se levantan la catedral, la torre inclinada y el baptisterio. Esbeltas las construcciones, finísimas las columnas, delicadas, por su color y su suavidad el mármol con que están construídas, más parecen, por su proporción y su gracia, miniaturas de marfil que masas pétreas. Piedras de ajedrez labradas por artífices exquisitos son los tres monumentos que forman uno de los más bellos conjuntos del mundo. Por eso el verlos en pie, intacto el prodigio de su ritmo, vibrante el sonido de su gracia, insupe-

rable la levedad de su línea, sentimos como un escalofrío de espanto al pensar que una bomba pudo haber roto este sueño levantado. Este primer templo de Italia en que penetramos nos da una sensación de reposo, de equilibrio, de perfección, de claridad. Es como la expresión de una religión alegre y juvenil. De una religión no del todo reñida con las formas del paganismo ni con la cortesanía del salón. Sucede a aquél y precede a ésta. Italia está entre Grecia y Francia. Recoge a Fidias y antecede a Versalles.

Los campos luminosos, verdes, parecen jardines. Al fondo una ciudad de oro y una cúpula como el sol endurecido. Allí está Roma y, como su nimbo, el Vaticano.

Recorremos la ciudad casi paso a paso, reavivando recuerdos, separando calidades, destacando valores. De acuerdo con nuestra sensibilidad, naturalmente. Y Roma se nos levanta en el pecho y nos canta en el aire. Pocas cosas más bellas que las escaleras y las fuentes de Roma. El ritmo simple de la piedra marmórea. Y el sonido simple del agua. Ascienden ambos. Palpitan los escalones, conducen a jardines con árboles, a templos de hermosas columnas. Los chorros conducen al cielo azul, a barandales blancos. No sabemos qué nos conmueve más, si la escalera que transporta a ese milagro de proporción y armonía que realizó Miguel Angel en la plaza del Campidoglio, o la cristalina columna de Bernini que con su alma de espuma se yergue en la Plaza de la Esedra.

Columnas rotas y columnas solitarias de los foros romanos, esbeltas y agrupadas columnas de las basílicas, dan verticalidad al espíritu de Roma, tan lleno, tan ancho, tan expandido.

Visitamos los museos y los templos, los palacios, los rincones. Y salimos henchidos. Roma lo da todo. Desde aquellas flores de blancor, de gracia alada, de increíble morbidez que son las Venus de Cirene, la Venus Capitolina

o el Apolo de Belvedere —aquél cuyo manto colgado al brazo es el pendón de la elegancia— hasta la ternura de La Pietá o la arrogancia de Moisés o el éxtasis tembloroso de Santa Teresa. Desde los capiteles del Panteón hasta los mármoles de San Pablo y la columnata de Bernini. Desde los Mosaicos de Maria Maggione hasta la Sixtina en la que el genio de Miguel Angel rasga los acontecimientos bíblicos para darles forma y color permanentes. El arte de occidente tiene un altar en Roma. En parte alguna como en ella se dibujan, suenan y sueñan la columna, el arco, la cúpula, la campana, la fuente, el pilar, forma, bóveda, voz y cantar de la latinidad.

Sobre la ruina de la piedra se yergue la historia. Esa piedra angulosa, dura, pesada, en veces frágil y labrada otras, blanca a la luz del sol o ennegrecida por lluvias y llantos, que no puede romperse.

Y sobre la historia, por encima de la Historia, en el cielo de la Historia está el sueño del hombre que toma forma y que subsiste en la columna, en la cúpula, en la campana, en la fuente. En todo aquello que es una voz del espíritu del hombre.

* * *

Florenia, lo sabemos, es una de las más bellas ciudades del Mundo. La elegante sobriedad de su línea, de su piedra ennegrecida, de sus torres enhiestas —espada del palazzo Vecchio o miniatura giottesca de la torre catedralicia— le dan un acento hondo y penetrante que, limpiamente, se nos mete hasta el tuétano de la sensibilidad.

Florenia es tema de muchos libros y crónicas. Desde la lápida que señala el lugar en el que fue quemado Savonarola, hasta el límpido cielo sobre el que se dibujan y en el que resaltan y se afianzan los perfiles arquitectónicos de la ciudad de Lorenzo el Magnífico, podrían sumarse co-

mentarios hasta componer una colección de tomos en cuyo fondo temblara la impar sinfonía que se refleja y suena en las aguas del Arno. Pero nosotros, a quienes mucho dicen las dulces estrofas de los frescos de Fra Angélico y los luminosos sonetos de Botticelli, preferimos extraer, de nuestras impresiones, una: la más fuerte, en que más llegó al mejor rincón de nuestro ser, la que fue como un rayo en la oscuridad de nuestra conciencia.

En el Museo de la Academia se desenvuelve un proceso extraordinario. Ponemos de lado cronologías incómodas y caminamos por un río de apasionadas sonoridades. En un salón alargado, a ambos lados, encuéntrase los esclavos que Miguel Angel ideó para la tumba de Julio II. Al fondo en una rotonda y solitario yérguese majestuoso, juvenil, sereno, invencible David.

Vamos andando, deteniéndonos, mirando, observando, descubriendo. Los esclavos están inconclusos. De éste vése el tórax, de aquél la cabeza, del otro los brazos. Son figuras nacientes. Son partos que se inician dolorosa, angustiosamente. Parece que ese tórax, aquella cabeza, estos brazos, tratan de romper el mármol, salir, levantarse y afirmarse completos en la luz, de arrancarse de la materia, de librarse del volumen que los aprisiona. Luchan titánica, desesperadamente. Están dentro del vientre de la naturaleza. Asoman una expresión, un gesto, un músculo. La expresión, el gesto, el músculo son tremendos. Parecen gritos contenidos. Gritos que piden su perfil definitivo, su verdad total, su canto armonioso.

Nos imaginamos que este río tormentoso y atormentado, desembocara suavemente en la laguna de la rotonda, en la apostura de David.

Pocas esculturas —si las hay— más hermosas y gallardas, más sugestivas que este atleta capaz de alternar en arrogancia con los dioses del Olimpo.

Nos dijeron que nuestro laureado poeta y dramaturgo

Juan Ríos —pasión y sensibilidad vibrantes— hizo muy bellas apreciaciones sobre la piedra que David esconde en la mano. A nosotros nos hizo pensar —acaso coincidamos con nuestro noble amigo desde la infancia—, después de contemplar a los esclavos desgarrándose aún del mármol parturiento, que encarnaba la liberación del arte; que en el momento que David quisiera, arrojaría ese pedruzco y se desprendería de todo resto material. Si los esclavos dependen de la piedra, la piedra depende de David. Y en el momento que la tire —acaso lo ha hecho ya— será no forma, sino espíritu de forma, belleza pura, arte absoluto. No es la naturaleza misma. Es el canto de la Naturaleza. Es el poema macizo de un hombre genial. Es el triunfo apoteósico de la inteligencia. No importan las piernas que sustentan, ni los músculos que atan, ni los rizos que tiemblan sobre la frente. Importa lo que hay en torno de la forma y más allá, para adentro, de la mirada. Importan el alma y la irradiación de David. La emoción que le hace nacer, en él nace y de él brota y se esparce. Importa ese imponderable, que podemos llamar como querramos: luz, arte, belleza, verdad. Ese algo —¡y tanto!— que nos sacude en nuestra raíz y nos llena de claridad los ojos.

* * *

Salimos del hotel con la ilusión de que vamos a visitar por primera vez el Museo de Pinturas de Viena. Cruzamos una calle, un palacio por cuyo piso bajo, abierto, discurre el público. Llegamos a una gran plaza, al centro de la cual se levanta el Monumento a María Teresa. Por su amplitud, su trazo y su arquitectura, su color, su plasticidad se parece a París. Así es de generosa en jardines y tan bella unidad tiene. Impresiona y detiene.

Palacio es el magnífico Museo. Lo recorreremos un tanto de prisa, pues sabemos que volveremos luego. Nos detene-

mos ante los Dureros, los Rembrandts, los Ticianos. Hacemos un alto ante los Brueghel cargados de poesía, sugestivos de color, deliciosos de confección, aireados por una brisa campestre. Y también ante Velásquez que con su infanta Teresa nos anuncia a Renoir. Y en otro retrato de la misma paladeamos ya los zumos goyescos. ¿Y el infante Felipe Próspero? Esta sola joya consagraría a Velázquez como un insuperable maestro.

Entramos en un Museo vecino. Hay en él armas e instrumentos de música. Como el otro es suntuoso, rico en contenido, hermosa la presentación. Recorremos varias salas. Vemos armaduras de Carlos V, lanzas, arneses. ¿Eran más fuertes, más altos los hombres de aquellos tiempos? ¿Cómo podían con esta espada? Y así viendo y charlando llegamos a la última sala de armas. De pronto irrumpe en nuestros oídos un conocido ritmo musical. Es "A la turca" de Mozart. ¿Por qué suena distinta? ¿Posee una transparencia y una gracia superiores a la que recordamos? Parece que todo el mundo de la historia se levantara ante nuestra memoria. Reparamos que estamos en Viena, en la que fue corazón de la música. Por aquellas calles prietas, torcidas, empedradas, anduvieron Haydn, Mozart, Beethoven, Schubert. Con sus glorias y sus miserias, con su ilusión y su dolor, con su angustia, su esperanza, su decepción, su llanto y su sonrisa. Que todo tuvieron. Y acaso por eso a todos llegaron. Y aquí está en el aire. Nosotros lo estamos sintiendo.

Entramos en la sala de los instrumentos musicales. Es amplia. El mundo de don Quijote, un tanto distinto al que imaginamos y conocemos se abre en unos tapices holandeses del XVIII. Nuestro Alonso —¿disfrazado?— está allí juvenil y principesco. Le han encerrado y roto el alma en un casco florido.

En Viena visitamos la casa que habitó Mozart. Y allí también, en un hermoso palacio —toda en blanco y oro

la arquitectura y los muros del teatro colgados de tapices —la Redutensaal— presenciamos un espectáculo inolvidable. Con rara perfección y exactitud de instrumentos musicales escuchamos y vimos “Las bodas de Fígaro”. Imaginamos que así debió de ser en los tiempos en que Wolfgang Amadeus recorría Europa. Y recordamos que Trenschart en su libro sobre el genio salzburgués califica esta ópera hecha a la manera italiana, de “obra maestra eterna”.

Frescos aún en la memoria el suceso artístico y uno de los escenarios de la vida del músico admirable, arribamos a Salzbourg. A la distancia, entre el verdor de las colinas y a las veras de su río silencioso, sonaban varios siglos de violines sinfónicos.

No bien llegamos al hotel y dejamos el equipaje salimos a dar una vuelta por la ciudad. Es de noche, está fresca la temperatura y claro el firmamento. Cruzamos un puente y penetramos en el barrio antiguo. Son estrechas las calles alumbradas por faroles de hierro que penden de los muros. Las fachadas de las casas son uniformes. Tiene una bella y sugestiva unidad el conjunto. Como volutas blancas tuércense las cornisas blandas, suaves y ondulantes. Vamos cruzando plazas cerradas en las que por el silencio y la gracia, por el temblor de la luz y el poético encanto del ambiente parece haberse detenido el tiempo. Los campanarios verdosos y retorcidos contribuyen a que Salzbourg sea la ciudad más típicamente barroca.

Andando y andando descubrimos el cantar de una fuente noctámbula y tropezamos casi con el pedestal de un monumento en el que leemos sólo una palabra: Mozart. En lo alto la aristocrática silueta del músico exquisito. Pensamos en que ese nombre, en la historia, sólo corresponde a él y en que ningún calificativo, ni título, ni hecho, ni anécdota es necesario para distinguir al autor de “Don Juan”. Es como si él fuera la música misma, que llenara el aire del mundo.

Frente a nosotros se abre una puerta que conduce a un patio. Fisgamos y penetramos. Nos dirigimos hacia la izquierda, subimos una escalera. Tras la reja de una ventana vemos varias lámparas de cristal encendidas. Una orquesta de cámara y una joven pianista ejecutan un concierto. Lo reconocemos. Es de Mozart. Del mozo aquél de blanca peluca y camisa rizada que nació en Salzbourg en 1756 y que está de pie en el pedestal. Y en la historia.

Parece que su música se extendiera por la ciudad. Y podría decirse que la ciudad se abre en sus armoniosas composiciones. Hay una identificación entre Salzbourg y Mozart. Un gran español dijo que los místicos habían imbuido su alma en el paisaje de Castilla. ¿Por qué no soñar que en este caso ha ocurrido lo mismo? Por donde andemos en el barrio antiguo oímos a Mozart. Y si subimos a su casa y nos señalan el sitio en donde estuvo la cuna en que nació, y vemos los retratos, el piano, las partituras escritas con prontitud y descuido, con fresca espontaneidad con incontenible inspiración creadora, entonces suponemos que Mozart está aquí, que vive. Y está. Y vive. He allí la eternidad del genio. En piedra, sobre el pedestal. O en el aire y los oídos del mundo. Sonando. Creando nueva belleza cada amanecer.

* * *

Sigue sonando "A la turca". La escuchamos en respetuoso silencio. Vjolas de gamba, violines, bajos con sus curvas armoniosas, algunos instrumentos lejanos y olvidados, con sus lengüetas y sus formas caprichosas, clavecinos, clavicordios, pianos con sus enmudecidos teclados nos van contando la historia, el desarrollo, el proceso de la música. Que es, también, la historia, el desarrollo, el proceso de la sensibilidad humana, del alma colectiva, de la emoción común, de los avances y tropiezos de la cultura.

Las notas de Mozart han cesado. El caballero que tocaba el instrumento, un hombre menudo de rostro expresivo y las personas que lo rodean se alejan. Nos acercamos al piano. Es de la Casa Erard Freres, rue de Mail N° 37, Paris, 1803. Así dice la plaquita de fábrica. Es de traza sencilla, simple, modesta casi. Está levantado el leve atril que sustenta las partituras. Y, también, lo está la tapa. Pueden verse las cuerdas. Tiene cuatro pedales. Sobre el teclado se extiende un vidrio. Una placa indica que este piano perteneció a Ludwig van Beethoven. Lo miramos intensamente. Aquí, en este instrumento, pensamos, han nacido piezas musicales que hoy llenan el mundo con el vigoroso y doliente latido que fue volcado en ellas. Imaginamos al hombre frente al piano y sus manos golpeando o acariciando el teclado amarillento que tenemos delante, a nuestro alcance. Con temor, con una extraña superstición, metemos los dedos entre éste y el vidrio y logramos tocar las teclas. Hubiésemos deseado besarlas. Inesperadamente el caballero que antes tocó este piano de sonido nítido, claro, luminoso, ejecuta en otro sonoro, vibrante, los primeros compases de una sonata bethoveniana. Sentimos una emoción tremenda. Volvemos el rostro y vemos a dos personas con los ojos vidriados, húmedos. "Estoy a punto de llorar" dice una de ellas. Y la otra, tal vez temiendo que se le ahogue la respuesta, dice "sí", con la cabeza. Nosotros sentimos lo mismo. Pensamos que en este instante aletea por la sala el alma del genio. Que acaso al ver la ternura, la admiración, el amor con que la gente se acerca a su piano, inspiró al pianista para que tocara el Claro de Luna. Y así nos sembró en el alma un recuerdo imborrable. De esta visita no nos olvidaremos nunca. Seguiremos creyendo que ningún don más hermoso que el de pensar y el de sentir.

* * *

Han pasado varios años. En el recuerdo crecen las cosas bellas. Todas menos París. París vence al recuerdo.

Son las diez de la mañana, buen día claro y frío. El sol ilumina y la sombra perfila las formas. Estamos solos andando por Tullerías. Nadie hay que perturbe nuestra alegría ni que corte nuestra emoción. La alegría y la emoción que fluyen al contacto de la belleza. Caminamos despacio, observamos sin prisa. Nubes de árboles, negros los troncos, secas las ramas, parecen haberse detenido a contemplar la grandeza con que el hombre ha sabido entornarlos. Avanzamos. Nos detenemos. Volteamos la cabeza. Allí el Arco del Carrousel y al fondo el Museo del Louvre. Allá la Concordia con el Obelisco y al fondo el Arco de la Estrella. No hay, no puede haber perspectivas más bellas, más rotundas, más definitivas. La alegría nos empuja los pies y la emoción se nos agolpa en las pupilas. Estamos solos y el alma de este pedazo de París se nos quiebra en la garganta. Quisiéramos gritar. Y hablamos solos. Vamos proclamando: ¡qué hermoso! ¡qué hermoso!, afirmamos en voz alta y al hacerlo notamos que se entrecortan las palabras. No nos importa que alguien pudiera oírnos o descubriese en nuestros ojos el impacto que, una vez más, nos ha producido esta maravillosa creación humana. Este conjunto urbano no es únicamente de los franceses. Ellos lo hicieron pero hoy es de todos. También nuestro. Así lo creemos. Y así lo sentimos en estos minutos en que estamos viviéndolo, gozándolo, llorándolo. ¡Qué bello regalo de Francia! Ella lo sabe. Por eso lo cuida con esmero exquisito. Todos lo sabemos. Por algo lo cantó Rubén, hispanoamericano coronado de laureles. Por ello lo decimos también, humilde, temblorosamente, los americanos sin gloria. Héctor Velarde, miembro de esta Academia, bien lo sabemos quienes lo conocemos, es hombre de alto prestigio intelectual. Su obra rica en contenido y llena de gracia sustenta a una personalidad de indiscutible prestancia. Y como Velarde

posee y ostenta gran talento es un sabio para la vida. Toma en serio lo que es serio —la cultura, por ejemplo— y se ríe de lo demás. Pasa alegre, jocundamente, por el camino del mundo, deteniéndose a contemplar lo mucho que de hermoso ofrece y desdeñando lo que carece de valor auténtico. Amigos desde hace mucho tiempo, siempre anhelamos coincidir algún día en Europa. Sobre todo en París, porque él, de formación profesional francesa, sabría descubrirnos muchos secretos del alma gala impresos en los perfiles de la urbe suprema. Ahora el anhelo se está realizando. Y cuán grato resulta. Salimos de mañana a algún museo, caminamos por las calles, nos paramos en las esquinas, nos sentamos en una terraza o en un parque a observar el paso de las gentes o el juego de la naturaleza en unas hojas, en un chorro de agua, en el silencio de una nube nacarada. Frente a la columnata posterior del Louvre, nos señala las características de la arquitectura de Luis XIV. Ante la fachada del palacio que ocupa el museo de Rodín nos muestra la delicadeza de las formas lograda en tiempos de Luis XV. Aquel tenía un afán suntuoso. Este quería una intimidad de boudoir. Observa el modelaje, nos dice. Es lo más difícil en la proporción. En eso Bramante era un genio. Mira esa mansarda. Es típicamente mazarineña. Y allí esos Arcos son de Napoleón I. Y la huella de Catalina de Médicis y la de Napoleón III.

Todas las formas en ese tapiz verde de las Tullerías son importantes. De cada ventana donde uno esté, siempre la presencia de la armonía absoluta, rigurosa, matemática. Y cómo surge de ella una sobria elegancia, un encanto especial, una paz para el alma. Y cómo emociona todo esto. Qué lección fabulosa es cada metro de París.

No sabemos ya cuantas indicaciones, cuantas apreciaciones hemos escuchado a Héctor en su charla fresca, sin pedantería ni cargante erudición, toda ella, sin embargo llena, de cultura y de fineza y salpicada de comentarios

humorísticos. Realmente pasear con él por París es un regalo inapreciable. La generosa elegancia y la elegante generosidad de su conducta ejemplar frente a la vida es, diríamos, algo así como la sabiduría.

* * *

Hay lugares aparentes para meditar. Uno de ellos es Granada. Y no hablamos de la alhambra o el Generalife propicios para el ensueño. Nos referimos concretamente a la Capilla Real, a la tumba de los Reyes Católicos. Y no a los depurados mármoles italianos que recuerdan el perfil humano de los ilustres monarcas, que adivinaron en Colón la gloria de su imprevisto milagro, sino a los ataúdes enlutados, severos, rígidos, humildes, impresionantes. Allí queda el polvo. Lo único que del cuerpo perdura. Entre ambas pequeñas escalinatas y frente a la humilde reja, mirando al cirio oscilante, la corona de Isabel y el cetro de Fernando, se levanta en el corazón, como un grito de la especie, la copla inmortal de Manrique. Y comprendemos y sentimos mejor toda la honda filosofía de España, que se yergue sobre la muerte en la campana catedralicia, en el gesto heroico, en la creación estética. ¿Los infantes de Aragón qué se hicieron? Y aquí está América rezando en castellano.

Andando bajo el cielo y sobre el suelo de España vamos descubriendo su paso por la historia y la historia luminosa de su paso. Diríase que nace del vientre de Altamira y sin desgarrarse del toro. Recoge en Mérida o Taragona, o Segovia o Córdoba —Extremadura, Cataluña, Castilla, no olvidemos que Adriano y Trajano fueron de Sevilla— la columna, el arco, todo el juego plástico de Roma. Soporta la invasión árabe y, tras la reconquista, se queda con la gracia multicolor de alcázares y jardines y con el bosque petrificado de la Mezquita. Y con estos

y esos arcos, y el espigado minarete coronado luego de campanas bronceas y sonoras. Amanece señero el románico que orla los bordes del camino de Santiago, hasta reventar, glorioso en el pórtico del maestro Mateo y aquietarse ingenuo y delicioso en la leonesa bóveda de San Isidoro. Las agujas catedralicias góticas —cristalinas transparencias de León, recamados florilegios de Burgos, áspera soledad toledana, airosas y vibrantes naves de Sevilla— coronan campos y ciudades. Las plazas de Compostela compiten con la de Salamanca. Herrera recoge solemnidades y proporciones y erige para tumbas de monarcas y deleite de sensibilidades el sereno y anchuroso Monasterio del Escorial. Plateresco llaman al arte del renacimiento español, que borda jambas y pilastras. Y siglo de oro —oro de ley inmóvil— se dice a la conjunción de expresiones espirituales que son en ese momento antorcha del mundo que late, que piensa y que sueña. Tirso con su burlador y Cervantes con su Don Quijote crean dos mitos que acoge la humanidad para enriquecer el patrimonio universal. Calderón, Lope, Quevedo, Santa Teresa, los Fray Luises, San Juan de la Cruz, Góngora, allí estaban y están. El Greco rasga las nubes y empoza los ojos como lagos diminutos de esperanza ansiosa y don Diego Velázquez, autor de Las Meninas por muchos considerada la cumbre de la pintura universal, deja el testamento silencioso, aristocrático, melancólico de su paso en luz por la vida de los seres y las cosas y en sombra por las cosas de la vida. Rivera exalta ascéticos pellejos torturados y Zurbarán se deleita en mostrarnos el relumbrar de las sedas y el grosor de la estameña frailuna. Mientras tanto Victoria llena de música templos y abadías y Berruguete esculpe ascuas de oro. Y cuando ya parece que el arte de la pintura española ha cumplido su ciclo que nace en Altamira y cuaja en el genio intacto de Velázquez, surge un Goya que a zarpazos sube hasta la cumbre. Y podríamos hablar de la generación del 98 con Ortega, Unamuno, Azo-

rin y tantos otros; de Picasso que revuelve el mundo de la pintura con la tormenta de su genialidad, de la generación del 27 con García Lorca a la cabeza resucitando romances y tragedias teatrales, llenas de color y cargadas de poesía. Y en Falla, Antonia Mercé, "la Niña de los Peines".

Cúspides ha tenido España, inmensas. Allí están para quien quiera asomarse a contemplarlas. Pero en la vida artística ibérica participa también el pueblo. En Andalucía levantando los brazos y quebrando angustiosamente la voz. En Cataluña cogidos en ronda y moviendo levemente los pies. En Castilla despacio y de luto. Los vascos en cambio, sobre la verdura del campo, saltan elásticamente al son del tamboril. Galicia, la de las rías, tiembla risueña en las muñeiras. Y Aragón, Navarra y Valencia se mecen en la jocundidad de la jota bravía.

Y en todos los pueblos España se desposa con la muerte y con la luz en los anillos taurinos que sintieron la trágica contorsión de Belmonte, la alada gracia de Chicuelo, la honda serenidad de Ortega y la esbelta soledad de Manolete.

Hoy millones de pasos avanzan por España, cruzan los umbrales, se asoman a las barandas, suben y bajan escaleras, se detienen a escuchar unas campanas, se aquietan para que el hombre levante el rostro y pose su mirada en un lienzo, en un perfil arquitectónico, en una forma escultórica y agudice el oído para oír el lejano rumor de una fuente o una guitarra, de unos palillos, de una zampoña, de un chistu y sienta que la forma, el sonido, el color, el ritmo dejados por los hombres a lo largo del tiempo, se le meten en el corazón, le enturbien el temblor de los ojos y le ensanchen la esperanza.

Como en todo el orbe civilizado, España mantiene encendida la luz de su cultura, la cuida con esmero. En sus templos, palacios y museos, en sus barrios y danzas populares, en los festivales teatrales y musicales y en las corridas de toros, en las ferias y fiestas características. Y ese haber

salvado sus esencias, sin sospecharlo siquiera, ha hecho que sea hoy una de las mecas del turismo universal. Es su arte el que le da riqueza.

Cuando uno anda por España, cuando uno sale de la Capilla de los Reyes católicos y comprende cómo todo pasa —los regímenes, los sistemas, los hombres— uno se afirma en su concepto de que hay algo que no muere. Y es el alma, la creación espiritual, el gesto íntimo de un pueblo, la creación artística, que son como el rayo de luz, el canto del ave, el murmullo del agua, el aroma del campo.